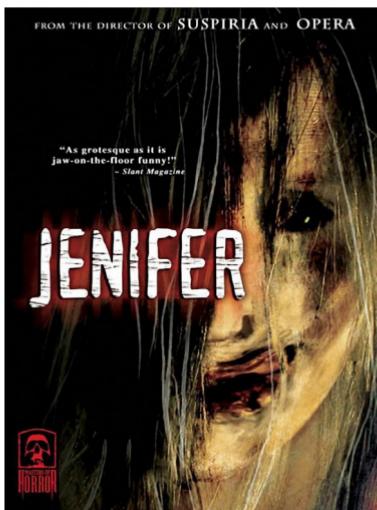


## Jenifer: la fascinación oscura entre belleza, horror y obsesión

Por Rusmelly Martinez Sandoval



*Jenifer* [Masters of Horror] (2005)  
Dirección: Dario Argento.

En el extenso campo del cine de terror, Dario Argento se destaca como un referente único del horror italiano. Apreciado por su estética ornamentada, su violencia meticulosamente elaborada y su talento para convertirlo cotidiano en experiencias aterradoras, Argento sorprendió a todos con *Jenifer*, un episodio de la serie *Masters of Horror*. Lejos de ser solo una simple serie de sustos o sangre, *Jenifer* se presenta como una inquietante indagación sobre la obsesión, el deseo y la autodestrucción del ser humano. Así, la obra puede interpretarse como una parábola sombría sobre la fragilidad moral del individuo contemporáneo, un tema muy relevante para algunas preocupaciones en la filosofía mexicana.

La historia es sencilla, pero profundamente inquietante. Frank Spivey, un policía que aparenta ser honorable, salva a una joven deformada de ser asesinada en la calle. Movido por una confusión de compasión, culpa y una atracción

inexplicable, decide llevarla a su casa. Jenifer, que no puede hablar y tiene un aspecto grotesco y rasgos casi animales, ejerce sobre Frank un magnetismo irresistible. Pronto, su vida comienza a desmoronarse: su familia se desintegra, su deseo se vuelve incontrolable y su existencia se convierte en un tormento personal e irreversible.

Imagen 1. Fotograma de la película



Fuente: FILMAFFINITY

Argento retoma un motivo clásico del terror: la imagen de la **femme fatale** monstruosa, un arquetipo en el que el erotismo se entrelaza con la posibilidad de destrucción. Sin embargo, Jenifer no es simplemente un monstruo; es un ser liminal que fascina y repele al mismo tiempo. En este punto, la interpretación puede enriquecerse con la noción de lo abyecto formulada por Julia Kristeva en su obra **Poderes de la perversión**: aquello que rompe las fronteras del sujeto, perturba el orden simbólico y saca al individuo de su zona de confort moral. Jenifer, con su rostro desfigurado y su cuerpo seductor, encarna lo abyecto en su máxima expresión: “ni sujeto ni objeto, lo abyecto es aquello que amenaza la identidad, el sistema y el orden”.

Desde una perspectiva mexicana, esta figura puede ser analizada a la luz de las reflexiones de Octavio Paz sobre la otraidad y la herida constitutiva del sujeto. En **El laberinto de la soledad**, Paz argumenta que el mexicano vive una relación ambivalente con el otro: lo rechaza, pero también lo anhela, ya que en él se refleja su propia fractura. Jenifer actúa como ese “otro radical” que no puede ser integrado sin destruir la identidad de quien intenta abarcarlo. Frank no solo acoge a Jenifer; se enfrenta, sin saberlo, a la ruptura de su

propia moral y a la soledad esencial que intenta llenar mediante el deseo.

La relación entre Frank y Jenifer se convierte así en un descenso a los infiernos, una espiral en la que el erotismo y el horror se entrelazan. Esta dinámica recuerda lo que expuso Sigmund Freud en *Más allá del principio del placer*, donde el ser humano se halla atrapado entre la pulsión de vida (Eros) y la pulsión de muerte (Tánatos). Jenifer personifica ambas fuerzas: es objeto de deseo y, al mismo tiempo, agente de destrucción. Frank no puede resistirse a ella, incluso sabiendo que lo lleva a su perdición. Como advierte Freud, “la pulsión de muerte opera en silencio, erosionando el ser desde adentro”; en Jenifer, esa erosión se manifiesta de forma visible y devastadora.

La atracción por lo monstruoso puede también interpretarse a través de la noción de lo sublime, tal como la definió Edmund Burke: aquello que nos provoca miedo, pero, al mismo tiempo, nos atrae de manera irresistible. Jenifer no solo causa repulsión, sino que también ejerce una hipnosis fascinante. El espectador, al igual que Frank, se encuentra en un estado de suspensión entre el desdén y la fascinación, entre el impulso de huir y la necesidad de observar. Argento utiliza esta ambigüedad para demostrar que la belleza y el horror no son antónimos, sino aspectos complementarios de una misma experiencia extrema.

Lo que resulta más inquietante de Jenifer no es la criatura en sí, sino lo que pone de manifiesto sobre nosotros mismos. La verdadera cuestión no es quién es Jenifer, sino qué somos nosotros al enfrentarnos a ella. Aquí resuenan las ideas de Emilio Uranga sobre la “fragilidad ontológica” del ser humano: el individuo no es una entidad robusta, sino una existencia vulnerable, susceptible de ser quebrantada por la aparición de lo extraño. Jenifer no genera el mal en Frank; simplemente lo revela, lo trae a la superficie.

El hogar de Frank, que simboliza el orden, la normalidad y la vida familiar, se convierte en un escenario caótico. Su esposo la deja, su hijo se escapa, y él mismo se convierte en un extraño para su propia identidad. En términos similares a los de Slavoj Žižek, el verdadero horror no proviene de factores externos, sino de la irrupción de lo Real: aquello que no puede ser simbolizado ni integrado en la narrativa coherente de la vida cotidiana. Jenifer representa esa irrupción: carece de un origen claro y una explicación lógica, por lo que resulta ineludible. Frank no puede eliminarla, no puedes salvarla ni comprenderla.

derla; su única opción es hundirse en su abismo.

Más allá de un relato de terror convencional, Jenifer se revela como una reflexión sobre el mal, la tentación y la debilidad moral. En consonancia con Emmanuel Levinas, el mal no siempre se manifiesta como una fuerza externa, sino como la presencia de lo que nos cuestiona y nos desestabiliza éticamente. Jenifer, como su otro grotesco y sumiradavía, encarna esa alteridad radical que desmantela la bondad de Frank. En ella se entrelazan eros y muerte, deseo y culpa, belleza y horror.

Argento consigue, en poco más de cincuenta minutos, lo que muchos largometrajes no logran: incomodar al espectador de manera profunda y obligarlo a reflexionar sobre la naturaleza cíclica del mal y las sombras del psique humana. Frank no es únicamente una víctima; también es un agente que sucumbe a la fascinación y se pierde en su propio abismo. Jenifer actúa como un espejo: no es buena animala, sino una presencia inexplicable que devora lo que se atreve a mirarla sin reservas.

En última instancia, Jenifer se presenta como una obra desatada del horror psicológico: un relato perverso que, bajo la fachada de una historia de monstruos, oculta inquietantes interrogantes sobre el deseo, la moral y el frágil límite que separa lo humano de lo monstruoso.

Jenifer es una pieza brillante del horror psicológico, un cuento perverso que, bajo la apariencia de un relato de monstruos, esconde preguntas incómodas sobre el deseo, la moral y el límite entre lo humano y lo monstruoso. Argento nos recuerda que el verdadero terror no siempre viene de fuera: a veces, habita en los rincones más oscuros de la mente y el corazón humano. Como escribió Kristeva, “la abyección nos recuerda que el mal no es ajeno, es íntimo”. Y eso es lo que hace de Jenifer una obra fascinante y profundamente perturbadora: su capacidad para mostrarnos, en el espejo de lo monstruoso, nuestra propia vulnerabilidad.

- Jenifer: la fascinación oscura entre belleza, horror y obsesión

## Referencias.

- Argento, D. (Director). (2005). *Jenifer* [Episodio de Masters of Horror] [Película]. [IDT Entertainment](#), [Industry Entertainment](#), [Nice Guy Productions](#).
- Kristeva, J. (2004). *Poderes de la perversión*. Ediciones Siglo XXI.
- Paz, O. (1972). *El laberinto de la soledad*. Ediciones Fondo de Cultura Económica. México.
- Sigmund F. (2020). *Más allá del principio del placer*. Ediciones AKAL.